

Interpretaciones del consenso popular a las reformas neoliberales y al gobierno de Menem¹

Por Juan Manuel Gouarnalusse*

(ICA - UBA - CONICET)

Resumen

Analistas políticos y científicos sociales han explicado el consenso otorgado a las reformas neoliberales implementadas en Argentina durante la primera presidencia de Carlos Menem (1989- 1995) y el respaldo electoral por parte de los sectores populares a su gobierno a través de dos fenómenos sociales: el temor a un rebote hiperinflacionario y la persistencia de una identidad peronista en estos sectores. El presente trabajo analiza los alcances y los límites de estas perspectivas para explicar los comportamientos políticos. En contraste, propone analizar la formación de representaciones sociales sobre la realidad política, estudiar los procesos políticos que habrían favorecido la formación de estos consensos e investigar las relaciones entre agentes estatales y dichos sectores. Este trabajo sugiere una perspectiva que recupere estas tres aproximaciones y elabore herramientas para el estudio de las conductas políticas de los sectores populares en un contexto general.

Palabras clave: Consenso - Reformas neoliberales – Hiperinflación - Identidad peronista- Representaciones sociales

¹ Este trabajo forma parte de mi investigación de Beca doctoral del CONICET y fue realizada en el marco del proyecto UBACyT: “Antropología social de los procesos políticos: intervención estatal y moralidades en los límites del ‘dominio político’” dirigido por el Dr. Fernando Balbi. Las ideas que aquí se plasman surgieron en los debates ocurridos durante el seminario *Los dilemas irresueltos en la historia reciente de la sociedad argentina (1989-2001)* dictado por los profesores Alfredo Pucciarelli, Ana Castellani, Paula Canelo y Mariana Heredia en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA en el año 2008. Una versión preliminar de este texto fue discutida en la mesa *La historia política en la Argentina reciente: entre el retorno del peronismo y la recuperación de la institucionalidad constitucional 1973/2001* en el marco de las *XII Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia*. Agradezco a los organizadores y participantes de estos espacios por sus reflexiones y comentarios, especialmente a Virginia Mellado, Marcela Ferrari y Cecilia Erbetta, así como los hechos por Julieta Quirós quien me señaló pequeños y fundamentales detalles, de esos que abren grandes reflexiones.

* Doctorando en Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras - UBA. Becario doctoral tipo II CONICET. Miembro del equipo de investigación UBACyT F 403 “Antropología social de los procesos políticos: intervención estatal y moralidades en los límites del ‘dominio político’” dirigido por Fernando Balbi, SEANSO- ICA- FFyL- UBA. Integrante del Grupo de Antropología del Trabajo, Programa de Reconocimiento Institucional de Equipos de Investigación de la Facultad de Filosofía y Letras- UBA. Entre sus trabajos recientes se encuentran “Experiencia y reivindicaciones de los trabajadores ante políticas empresariales oscilantes. El caso del personal de HIPASAM entre 1983 y 1992”, en: *4ª Jornadas de Historia de la Patagonia*, Universidad Nacional de La Pampa, 2010; “¿Un problema de identidad? Las ciencias sociales ante el giro neoliberal del peronismo durante el primer gobierno de Carlos Menem”, en: *XII Jornadas de Interescuelas/ Departamentos de Historia*, Universidad Nacional del Comahue; 2009; “Gran Proyecto y conflictividad política”, en: *IX Congreso Argentino de Antropología Social*, Posadas, 2008. En <http://caas.org.ar/images/mesas21al32/mesa32/gouarnalusse.pdf>

Summary

Social and political scientists have argued that two social phenomena explained the neoliberal consensus between popular sectors, during Carlos Menem first government (1989 -1995), and his electoral triumph: the fear of a new *hiperinflación* and the presence of a *identidad peronista*.

On one side, these papers analyze the advantages and disadvantages of these perspectives to explain political behaviors. On the other side, the paper suggests three approaches to understand popular politics behavior: to study the conformation of social representations about politics, the political process that had helped to create this consensus and the relations between states agents and popular sector.

In conclusion, the confluence of these approaches could help to elaborate a new perspective to understand political behavior in a general context.

Key Words: Consensus - Neo- Liberal Reforms – Hyperinflation - Peronist identity - Social representations

Cuando Carlos Saúl Menem asumió el gobierno anunció un proyecto de reforma del Estado propio de propuestas ortodoxas y liberales consideradas, en aquel tiempo, ajenas a su base electoral. Desde entonces, distintos analistas argumentaron que el gobierno perdería apoyo en los sectores populares a medida que la reforma avance². En el partido gobernante surgieron disidencias encabezadas por quienes acusaron a Menem de llevar a cabo políticas que traicionaban los ideales del movimiento. Sin embargo, los partidarios del gobierno triunfaron en los sucesivos actos electorales desde 1991 hasta su reelección, en 1995, refutando aquellos pronósticos y derrotando a los disidentes, con un amplio apoyo de las clases bajas.

¿Por qué los sectores populares otorgaron consenso a las reformas neoliberales implementadas en Argentina durante la década de 1990 cuando éstos fueron ampliamente perjudicados por ella? Las ciencias sociales han dado un gran número de respuestas a esta cuestión que ha preocupado especialmente a intelectuales progresistas y de izquierda. Dos décadas después el interrogante parece estar resuelto: la crisis hiperinflacionaria marcó la experiencia de la población argentina de modo tal que ésta habría avalado cualquier cosa que prometiera evitar una nueva escalada, incluso las reformas. El éxito de la convertibilidad habría sellado este respaldo al demostrar un éxito rotundo en disipar el fuerte temor a revivir esa experiencia. A su vez, Menem llegó a la presidencia con promesas distributivas que después no cumplió, pero los sectores populares habrían apoyado su gobierno por tratarse de una gestión del signo partidario que representaba la identidad política mayoritaria en dichos sectores.

En base a estas explicaciones, los electores procedentes de los sectores populares habrían actuado por un sentimiento de pertenencia o por temor a revivir experiencias traumáticas en el momento de elegir un candidato. Sin negar la importancia de lo afectivo y del miedo en las motivaciones de las acciones de los sujetos, este trabajo propone buscar las posibles motivaciones positivas y racionales de quienes otorgaron dichos consensos. Su objetivo es proponer líneas de investigación que ayuden a reconstruir algunos procesos donde tomaron forma las representaciones sociales de la realidad que orientaron la conducta de actores de los sectores populares en favor de las reformas neoliberales y del gobierno que las implementó y, de un modo más genérico, aportar herramientas para la comprensión de conductas políticas de los sectores populares³.

El artículo está ordenado del siguiente modo. En base a un sintético estado de la cuestión elaborado por Paula Canelo⁴ se presentan diferentes interpretaciones sobre estos consensos, con el objetivo de evaluar sus alcances y límites explicativos. Luego, se esbozan procesos sociales y representaciones preexistentes que habrían facilitado tanto la expansión de parámetros neoliberales como el ascenso político de Carlos Menem. Finalmente, se coloca el foco sobre los procesos de cambio ocurridos en el peronismo en relación a su rol de articulador entre las demandas de los diferentes actores de los sectores populares y las políticas públicas implementadas por el gobierno. Estos ejes —el análisis de la formación de representaciones sociales sobre la realidad política, el estudio de procesos políticos

² Para un análisis de estos vaticinios ver A. Bonnet (2007), *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989- 2001* Buenos Aires: Prometeo Libros. El autor observa particularmente las sucesivas declaraciones de Atilio Borón y los análisis de Guillermo O' Donnell.

³ La definición de sectores populares es ampliamente problemática para este trabajo. En principio, porque no existe una definición unívoca entre los diferentes autores acerca de quiénes conforman el sujeto colectivo que por sus propios intereses no deberían haber votado a Menem y sin embargo lo hicieron. Estas diferencias radican tanto en sus definiciones conceptuales como en sus metodologías de estudio, además de en su ideología política. En este sentido las caracterizaciones son realizadas por categorías sociológicas de clase o sector, muchas veces operativizadas por encuestas, o por la ciudadanía en su totalidad. Por mi parte procuro mantener una definición lo más abarcativa posible por dos motivos. El primero es que la pregunta acerca de este consenso es válida para una amplia cantidad de sectores de los que a priori sólo puedo excluir la coalición gobernante, en la que incluyo a los grandes empresarios. Por otro lado, el presente trabajo apunta a buscar indicios en dinámicas políticas que atraviesan a los sectores subalternos. Lejos de pensarlos como grupos homogéneos, estos sectores son tomados como heterogéneos y cambiantes, y consecuentemente, el impacto de las reformas es evaluado como diferente en cada ámbito.

⁴ P. Canelo (2005) *“Las identidades políticas en la Argentina de los años noventa: continuidades y rupturas entre peronismo y menemismo”*, Universidad de Buenos Aires /Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina. Artículo publicado en <http://www.univ-brest.fr/amnis/>

en el seno de los sectores populares y la investigación sobre las relaciones entre agentes estatales y dichos sectores- son propuestos como líneas de investigación para superar los límites explicativos de las herramientas conceptuales utilizadas.

Explicaciones del consenso

En su trabajo, Paula Canelo clasificó en tres categorías la abundante bibliografía que abordó el problema de la construcción de consenso al gobierno de Menem. La primera, denominada instrumentalista, incluye a los autores que explican este apoyo en base a los diferentes beneficios económicos que cada sector de la sociedad recibió del plan de reformas. La segunda perspectiva, que denomina identitaria, explica el consenso por la persistencia de una *identidad peronista*. Una tercera postura es la de autores que *prefieren enfatizar las 'rupturas' que produjo la crisis hiperinflacionaria de 1989 sobre la sociedad argentina*⁵.

Desde la perspectiva instrumentalista, los diferentes sectores de la sociedad habrían respaldado al gobierno de Menem por los beneficios que su programa económico les brindaba. Aunque la mayoría de ellos supone que el consenso provendría de sectores altos y medios⁶, existen autores que señalan que las reformas habrían beneficiado también a los sectores bajos, hecho que explicaría su apoyo⁷. Sin embargo, los posibles beneficios otorgados por las reformas no dan cuenta de los motivos por los cuales los sujetos habrían privilegiado éstos por sobre los perjuicios⁸. Para los autores encuadrados en la perspectiva identitaria⁹, la idea de que el comportamiento electoral esté determinado por los intereses materiales de cada sector no es suficiente. Marcos Novaro, por ejemplo, afirmó en 1994 que la relación entre estos dos elementos –intereses materiales y comportamiento electoral- se encuentra mediada por la *identidad política*¹⁰. Bajo esta perspectiva, la existencia de un gran porcentaje de votos de los sectores populares a favor de un proyecto económico excluyente estaría dada por el hecho de que estos votantes, identificados con el movimiento peronista, privilegiarían en sus decisiones su pertenencia identitaria a sus propios intereses económicos. La *identidad peronista* habría funcionado como una fuente de 'votos cautivos' a favor del partido gobernante.

⁵ Canelo, op. cit.

⁶ En ellos incluye los trabajos de los autores de la escuela de FLASCO. La autora hace referencia especialmente a Basualdo, Eduardo (2001) *Modelo de acumulación y sistema político en la Argentina*. Buenos Aires: FLASCO/UNQui/IDEP.

⁷ Carlos Gervasoni, luego de enumerar todo lo que considera beneficios de la reforma, concluye que estos "podrían compensar con creces los costos de las reformas y, consecuentemente, generar aceptables niveles de apoyo electoral". C. Gervasoni (1997) "La sustentabilidad electoral de los programas de estabilización y reforma estructural". XX International Congress of the Latin America Studies Association. Guadalajara, México 17 al 19 de abril. También Hernán Fair argumenta a favor de la tesis de que el consenso otorgado a la gestión de Menem deriva del éxito de la convertibilidad, pero no por sus bondades, sino por el cumplimiento de una promesa plena, la de *extirpar el cáncer de la inflación*, en el contexto de crisis de la palabra política. H. Fair (2009) "Los dispositivos de la enunciación menemista y la tradición peronista. Un análisis desde la dimensión ideológica", *Revista Signa* 18: 251-283.

⁸ Existen otras objeciones a esta perspectiva. En primer lugar, los primeros dos años de gobierno, en donde existía un fuerte consenso, la implementación del plan económico fue variando de modo más o menos abrupto como para que amplios sectores de la sociedad fueran beneficiados sin más. Además, los beneficios y perjuicios del plan de convertibilidad fueron más complejos de lo que estos autores presentan, incluso para los sectores dominantes. Para ver los efectos desiguales sobre el empresariado ver el trabajo de G. Beltrán (2007) *La acción empresarial en el contexto de las reformas estructurales de las décadas de los ochenta y noventa en Argentina*, Tesis de doctorado, UBA, Buenos Aires, mimeo.

⁹ La autora menciona los trabajos de G. Aboy Carlés (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina*, Rosario: Homo Sapiens; D. Martuccelli y M. Svampa (1997), *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires: Losada; y R. Sidicaro (1995), 'Poder político, liberalismo económico y sectores populares, 1989-1995', en AAVV, *Peronismo y menemismo*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto, pp. 119- 156. Puedo agregar en esta categoría el trabajo de M. Yannuzzi (1995), *La modernización conservadora*, Rosario, Fundación Ross y el propio trabajo de P. Canelo.

¹⁰ M. Novaro (1994), *Pilotos de tormentas*. Buenos Aires: Letra Buena.

A pesar de sus diferencias, estos modelos explicativos presentan un punto de partida común. En primer lugar identifican estratos sociales diferentes, sean estos *clases* o *sectores socioeconómicos*; luego, analizan para cada grupo los motivos de su comportamiento y completan su explicación a través de la agregación de consensos. Sin embargo, los modelos de agregación de consenso transmiten una imagen segmentada de la sociedad poco adecuada para la Argentina del siglo XX. El adjudicar una lógica interna a cada grupo suele ocultar las prácticas y las representaciones comunes que surgen de su interacción. Estos enfoques tienden a olvidar que prácticas, representaciones y los propios actores sociales se constituyen en procesos políticos que interrelacionan los campos en los que los sujetos actúan.

Los autores del tercer grupo presentado por Paula Canelo, en cambio, encuentran en el proceso hiperinflacionario la experiencia común que significó, para la población argentina, la evidencia de que el modelo económico hasta entonces existente, especialmente la intervención estatal en la economía, podía llevar a la sociedad argentina al colapso¹¹. Sin embargo, ningún proceso económico es evidente en sí mismo y el diagnóstico asumido por los actores sociales, por acertado que parezca, también constituye un fenómeno social por explicar. Existía entonces un discurso alternativo, difundido en general por partidarios del gobierno saliente, que adjudicaba las causas a un *golpe de mercado*¹². Si esta interpretación hubiese predominado, nunca hubiese llevado a otorgar consenso a las políticas neoliberales. El factor determinante para que el proceso hiperinflacionario estableciera un *consenso de fuga hacia adelante*¹³ no fue una realidad intrínseca del mismo, sino la imposición de un diagnóstico neoliberal como interpretación hegemónica de sus causas. Este adjudicó a las políticas del estado benefactor, desarrollista o populista, la culpa de la crisis.

El diagnóstico neoliberal

Ha quedado en el sentido común la idea de que la Argentina viró hacia el neoliberalismo cuando Carlos Menem asumió el gobierno en 1989. Sin embargo, este giro comenzó con anterioridad. Existen diferentes trabajos de investigación sobre la difusión de la

¹¹ La autora se refiere específicamente a los trabajos de T. Halperín Donghi (1994), *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires: Ariel, y de V. Palermo y M. Novaro (1996), *Política y poder en el gobierno de Menem* Buenos Aires: Tesis Norma-FLACSO. La *situación de disponibilidad* y el *consenso de fuga hacia adelante*, son términos utilizados en estos trabajos para dar cuenta del estado de situación de la sociedad argentina posterior a la crisis hiperinflacionaria. Por mi parte amplí esta categoría a otros trabajos que encuentran en la experiencia hiperinflacionaria una causa del apoyo a las reformas. Entre ellos incluyo el clásico libro de M. Cavarozzi (2002), *Autoritarismo y democracia* Buenos Aires: Eudeba; V. Palermo y J. C. Torre (1992), *A la sombra de la hiperinflación. La política de reformas estructurales en Argentina*. Santiago de Chile: CEPAL; Gerchunoff, P. y Torre, J. T (1996), 'La política de liberalización económica en la administración de Menem'. *Desarrollo Económico* 36 (143): 733-67.; J. Llach (1997), *Otro siglo, otra Argentina*. Buenos Aires: Ariel; y Bonnet, op. cit. En cada uno de ellos los argumentos son muy diferentes, el denominador común es la importancia de la experiencia hiperinflacionaria para explicar el consenso otorgado a las reformas. Sin embargo, mientras Cavarozzi y Llach consideran que la experiencia dejó al desnudo la crisis estructural del modelo económico vigente hasta entonces, Bonnet considera fundamental la violencia dineraria ejercida en esta crisis para la consolidación de la hegemonía menemista a través del chantaje. Los demás trabajos se ubican en una posición intermedia entre estas dos posturas.

¹² De hecho, Ricardo Ortiz y Martín Schorr, que no manifiestan simpatía alguna por la gestión de Alfonsín, demuestran que la crisis hiperinflacionaria no fue producto del colapso de la economía distribucionista implementada desde la posguerra, como de diferentes modos afirman Palermo y Novaro, Halperín Donghi, Llach, y el discurso que hegemonizó el sentido común durante y después de la crisis, sino del modelo de acumulación implementado desde la dictadura militar de 1976. Ver Ortiz, Ricardo y Schorr, Martín (2006): "Crisis de estado y pujas interburguesas. La economía política de la hiperinflación". en: A. Pucciarelli (coord.): *Los Años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* Buenos Aires: Siglo XXI editores.

¹³ Palermo y Novaro (op. cit) explican este 'consenso de fuga hacia adelante' comparándolo con la reacción de las masas en un teatro en llamas. El límite de esta comparación es que no tiene en cuenta la variable temporal. Ante las llamas las personas pueden seguir irreflexivamente cualquier voz que grite dónde está la salida, pero en un proceso político de varios meses, los sujetos repiensen, evalúan y resignifican sus lecturas de la realidad en base a la circunstancias.

ideología neoliberal en los medios de comunicación¹⁴ y sobre el giro de las diferentes fuerzas políticas en el mismo sentido¹⁵. No obstante, no está claro el modo en que los sectores populares incorporaron la prédica de sus pregoneros¹⁶. En este apartado esbozo algunas transformaciones sociales ocurridas en las décadas de 1970 y 1980 que factiblemente hayan generado condiciones para esta incorporación.

En términos generales, un elemento clave para el éxito de este discurso fue la combinación entre la complejidad de sus formulaciones –que hacían de la economía un saber reservado a expertos- y la sencillez de ofrecer una explicación clara y comprensible de la crisis económica. Esta última se basaba en la representación de un Estado *deficitario, inestable e ineficiente* opuesto a las empresas privadas, presentadas como *eficientes*, pero coartadas en su desarrollo por la intervención estatal. El camino propuesto para superar el atraso argentino fue el de un *sinceramiento de la economía* que consistía en la retirada de toda intervención estatal en la producción, la explotación de recursos naturales, la formación de precios y en todas las relaciones de mercado que un agente privado pudiera realizar. El sistema de intervención estatal en la economía existente en Argentina fue homologado con el de los países del bloque socialista; su propuesta, con el sistema económico de los *países avanzados* del mundo capitalista. Cuando las economías del bloque soviético comenzaron a flaquear, el primer modelo fue considerado *voluntarista*, y como tal, condenado al fracaso; el segundo como *realista* y por lo tanto, la única forma posible de organizar la economía y desde allí a la sociedad.

¹⁴ Para ver análisis sobre el modo en que los medios de comunicación propagaron las ideas neoliberales ver G. Beltrán (2005), *Los intelectuales liberales: poder tradicional y poder pragmático en la Argentina reciente* Buenos Aires: Eudeba; M. Heredia (2006), “La demarcación de la frontera entre economía y política en democracia. Actores y controversias en torno a la política económica de Alfonsín”, en Pucciarelli (comp.) *Los años de Alfonsín*, op.cit.; L. Strauss (2008), “En busca de la consolidación del consenso post hiperinflacionario. Un análisis ideológico de la producción discursiva neoliberal a partir de los editoriales de la revista Novedades Económicas de Fundación Mediterránea (Febrero 1991-Diciembre 1992)” en *Documentos de Investigación Social*/Nº 5, UNSAM- IDAES; L. Strauss (2007) ‘Una aproximación al vínculo entre mito y técnica en la ideología neoliberal. Un análisis del discurso escrito de la Fundación Mediterránea durante el primer tramo de la crisis hiperinflacionaria argentina 1988-1989’, en XIº Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia. Tucumán; V. Cosia (2008), ‘La privatización como salida a la crisis de fines de los 80. Un análisis desde las estrategias mediáticas’ *Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín*. Año 2, Nº 4, Buenos Aires; N. B. Schmitt (2008), “La difusión de la ideología neoliberal en el discurso de la prensa escrita durante la crisis hiperinflacionaria argentina. Un estudio de caso” *Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín*. Año 2, Nº 4, Buenos Aires.

¹⁵ La bibliografía, en general, hace hincapié en el giro neoliberal del presidente Menem -y del peronismo- pero no analiza con el mismo criterio el cambio en otras fuerzas políticas como el partido radical o las FF. AA. La propagación de este discurso como saber socavó la matriz ideológica nacionalista, desarrollista y distribucionista predominante en el periodo anterior, sobre la cual las principales fuerzas políticas se habían montado. El alfonsinismo, a lo largo de su gestión de gobierno, abandonó progresivamente esta matriz e incorporó el diagnóstico –y las soluciones- pregonadas por los ‘expertos’ neoliberales. Ver A. Pucciarelli (coord.) (2006), op. cit. Algunos antes y otros después, los demás sectores de la UCR siguieron esta dirección. Cavarozzi (op. cit) y Bonnet (op. cit.) señalan el giro neoconservador otorgado por el triunfo de Eduardo Angeloz sobre el alfonsinismo en las internas radicales de 1988. Para ver un estudio detallado de los cambios ideológicos en las dos fuerzas políticas más importantes ver Aboy Carlés. (op. Cit.)

¹⁶ Durante las décadas de 1970 y 1980, expertos en ciencias económicas formados bajo el paradigma neoclásico ocuparon progresivamente espacio como formadores de opinión. Como muestra Mariana Heredia, hasta la década de 1970 la economía nacional *era considerada un elemento constitutivo del proyecto de país y era objeto de polémicas virulentas* protagonizadas por representantes del ‘liberalismo’, del desarrollismo y de una ideología a favor de la distribución progresiva de la riqueza que generalmente los dos partidos mayoritarios asumían como propia. Los antagonistas en el debate compartían *el reconocimiento de la centralidad del Estado Nación y de la existencia de grupos diferenciados dentro de la sociedad*. Desde la última dictadura, el discurso neoliberal comenzó a ser incorporado progresivamente por diferentes sectores sociales cuando expertos en ciencias económicas formados bajo la consolidación planetaria del paradigma neoclásico ocuparon la cartera de economía y conquistaron espacios en los medios de comunicación. A pesar de mirarlos con recelo, los viejos ‘liberales’ –conservadores en sus orientaciones políticas que resaltaron su cualidad de liberales por su oposición a las políticas estatistas, populistas o desarrollistas- adoptaron varias de sus ideas como complemento para la homilía de sus viejas posturas políticas. Ambos sectores confluyeron en la prédica de un diagnóstico sobre la situación nacional. Ver M. Heredia: “La hechura del ‘modelo económico’. El ensamblaje entre las reformas estructurales y la convertibilidad” A. Pucciarelli (comp.) *Compilación en prensa*.

Sin embargo, la mera sencillez de estos discursos no explica su recepción. El éxito del discurso neoliberal se consolidó en la medida en que, acompañando la constante prédica de sus referentes, se generaron condiciones favorables para su aceptación por parte de la opinión pública. En primer lugar, porque las reformas estructurales de la economía, la constante devaluación de la moneda y el ascenso de los economistas como formadores de opinión en el marco de un estancamiento económico pronunciado favorecieron la aparición de nuevas prácticas microeconómicas y las consiguientes reformulaciones del saber hacer en la economía doméstica de los sectores populares¹⁷. En segundo lugar, porque el doble carácter de las medidas económicas implementadas por la dictadura militar generó una dualidad en el mercado laboral y un número grande de clivajes locales que fragmentaron la experiencia de los sectores populares.

Veamos esto con más detalle. El equipo económico de Martínez de Hoz, ministro de economía de la dictadura militar entre 1976 y 1981, ejecutó un conjunto de medidas que produjeron un fuerte traspaso de recursos al capital concentrado en detrimento de los sectores asalariados y llevaron a la quiebra a un importante número de empresas industriales. Estos cambios generaron el traspaso de gran parte de los trabajadores del sector secundario a servicios y comercios e incrementaron la importancia de la economía informal. Este proceso fue complementado con incentivos puntuales para la terciarización de sectores de la producción dentro de las grandes empresas¹⁸, donde la prédica liberal encontró asidero en el afán de ascenso social a través de dejar atrás la condición de empleado.

Simultáneamente, las reformas del sistema financiero, la constante devaluación de la moneda y la apertura comercial modificaron el repertorio de acciones para obtener ganancias monetarias, mientras la baja del salario real y las dificultades para la pequeña y mediana industria obligaban a amplios sectores a diversificar el modo de obtener ingresos. En el nuevo modelo, las estrategias de especulación, especialmente la cambiaria, resultaron más atractivas que, por ejemplo, trabajar por un salario o invertir en la industria. La especulación como práctica económica cotidiana llevó a una preocupación generalizada, inédita hasta entonces, por los valores financieros y cambiarios. Los consejos de los especialistas en los suplementos y secciones económicas de los medios de comunicación crecieron en relación al consumo de estos informes por parte de una población que incorporó progresivamente estas prácticas a su economía doméstica.

Sin embargo, la transformación más significativa fue la profundización de clivajes en los sectores populares. El carácter dual de las medidas económicas de la dictadura radica en que los distintos jefes militares incrementaron fuertemente el volumen del gasto público en las áreas de su incumbencia mientras el equipo del ministerio de economía implementaba medidas de recorte fiscal¹⁹. Las

¹⁷ Para un estudio sobre las prácticas cotidianas para mantener los ingresos u obtener beneficios en el período de alta inflación ver S. Sigal y G. Kessler (1997), "La hiperinflación en Argentina: comportamientos y representaciones sociales", en D. Cantón y J. R. Jorrot (orgs.) *La investigación social hoy*. Buenos Aires: CBC/UBA, pp.155-187.

¹⁸ La terciarización de la producción, generalizada en Argentina durante la década de 1990, comenzó de a poco con una prédica de sus ventajas – también para los trabajadores– que puedo datar desde la década de 1970. Federico Neiburg señala que ya a principios de los 70', Alfredo Fortabat, propietario de la empresa Loma Negra, ofrecía a empleados de confianza la posibilidad de formar una pequeña empresa para realizar los trabajos que hacían como asalariados, una práctica empresarial en boga en Italia. Ver F. Neiburg (1988), *Fábrica y Villa Obrera: historia social y antropología de los obreros del cemento*. Tomos 1 y 2. Buenos Aires: Biblioteca Política Argentina- Centro Editor de América Latina. Varios programas de reconversión de empresas privadas y de entidades públicas –como los retiros voluntarios en el Banco de Córdoba– fueron realizados desde ese entonces, aunque se generalizó en la reconversión neoliberal de la década de 1990 a través de programas de retiros voluntarios complementados con programas de crédito para microemprendimientos.

¹⁹ Un trabajo pionero sobre las características y las consecuencias de las políticas de Martínez de Hoz es el de J. Schwarzer (1986), *La política económica de Martínez de Hoz*. Buenos Aires: Hispamérica. Para una revisión más profunda del carácter dual ver los trabajos incluidos en A. Pucciarelli (coord) (2004), *Empresarios, tecnócratas y militares*. Buenos Aires: Siglo XXI; y la tesis de A. Castellani (2009), *Estado, empresas y empresarios La construcción de ámbitos privilegiados de acumulación entre 1966 y 1989* Buenos Aires: Prometeo.

empresas estatales aumentaron su importancia relativa en el mercado de trabajo y, consecuentemente, su importancia en las economías locales donde éstas estaban instaladas. La crisis económica desencadenada a partir de 1980 profundizó progresivamente las diferencias entre trabajadores formales e informales y, a partir del derrumbe de la dictadura, entre los sectores con mayor o menor sindicalización. El derrotero económico de la dictadura militar incrementó a lo largo del país la fragmentación de los sectores populares en torno a quienes insertos en la economía estatal –empresas públicas, funcionarios, docentes, etc.- conservaron un alto nivel de sindicalización y los beneficios del salario indirecto garantizado por la ley, de quienes quedaron al margen de este sostén, en un contexto de alta inflación y estancamiento económico. Desde 1983, la fuerte incorporación de empleados públicos constituyó otro sostén que, lejos de suturar esa fractura, abrió una nueva. Durante la década de 1980 existió un fuerte clivaje en el mercado laboral: en el sector privado crecieron la informalidad y la precarización; en el sector público se incrementó el conflicto sindical motivado en gran parte por la pérdida de ingresos consecuente de la inflación. Aunque ninguno de los dos sectores resultó favorecido, el detrimento del primero fue mucho mayor que el del segundo; en este los sujetos conservaban un empleo fijo, la protección de la legislación laboral e ingresos mensuales predecibles mientras en aquel se encontraban a merced de las vicisitudes económicas. La diferencia entre ambos sectores se acrecentó al ritmo de la inflación, en gran parte gracias a la capacidad defensiva de la presión sindical. El salario indirecto significó una proporción cada vez más importante del ingreso y la seguridad de continuidad laboral constituyó una condición necesaria para adquirir créditos, incluso en pequeños comercios. De este modo, en localidades cuyo centro económico dependía de una empresa estatal, las diferencias entre quienes trabajaban en ellas y quienes no se incrementaron profundamente, generando una rivalidad que atravesaba las relaciones sociales y definía identidades colectivas. La interpelación de los pregoneros del neoliberalismo encontró un terreno fértil en una sociedad compuesta por sujetos que conocían las consecuencias locales de los procesos de vaciamiento, desinversión y parálisis de las empresas del Estado, pero no alcanzaban a visualizar el proceso en su totalidad²⁰. Así mismo, en este contexto se expandieron representaciones negativas de empleados públicos, trabajadores de empresas y entidades estatales estimuladas por las constantes denuncias de corrupción en dichos organismos. Aunque las reformas neoliberales consistieron en una expropiación de los ingresos de la clase trabajadora en general, el perjuicio directo de su implementación impactó sobre el sector relativamente privilegiado de esta economía dual. La prédica neoliberal argumentaba que las reformas favorecerían al sector informal al desarticular a su supuesto opresor, la intervención estatal, desgravando las cargas empresarias y flexibilizando los contratos laborales. No es de extrañar, entonces, que los perjudicados en el sistema dual de la década precedente hayan proyectado en las reformas la posibilidad de salir de esa situación desfavorable.

Los pregoneros del neoliberalismo obtuvieron cierta empatía y complicidad dado que sus propuestas, enunciadas para el bien común, enfatizaban el perfil de consumidores o emprendedores libres de los ciudadanos, antes que el de trabajadores asalariados. Con este modo de enunciar su prédica, buscaron en la ciudadanía aliados contra el poder sindical y la intervención estatal en la economía. Bajo su esquema, los derechos laborales vigentes fueron considerados excesivos, el accionar sindical, maniobras desmedidas en búsqueda de beneficios particulares que perjudicaban a la ciudadanía, y las empresas públicas, entidades donde la prepotencia, corrupción e ineficacia de empleados públicos, funcionarios, sindicatos y el propio sistema de intervención estatal cercenaban la posibilidad de tener servicios eficientes. En contraposición a esto, las reformas neoliberales fueron presentadas como medidas

²⁰ Como ha señalado Antonio Gramsci, el saber de los miembros de las clases subalternas –como el de muchos otros- es fragmentario, en tanto que es incapaz de aprehender el proceso social como un proceso global, pero entiende perfectamente la experiencia cercana, la realidad local. Ver K. Crehan (2004), *Gramsci, Cultura y Antropología*. Barcelona: Bellaterra.

necesarias para alcanzar el bienestar general. El alto consenso a las reformas fue alcanzado cuando la mayoría de la ciudadanía adjudicó la responsabilidad de la crisis a los agentes del viejo modelo económico.

Los responsables de la crisis

Silvia Sigal y Gabriel Kessler señalaron, en un trabajo publicado en 1996, que las teorías neoclásicas se combinaron con una narrativa que culpaba a la sociedad argentina en su conjunto para explicar el caos hiperinflacionario²¹. La génesis de esta combinación debe ser rastreada en un proceso de larga data que explique por qué los sectores populares evaluaron la crisis hiperinflacionaria bajo parámetros neoliberales. Indagar sobre las diferentes representaciones acerca de los responsables de la crisis ayuda a responder esta pregunta.

Argentina fue evaluada crónicamente en la segunda mitad del siglo XX como un país en crisis. Alfredo Canitrot señaló en 1980 la existencia de un relato coherente sobre la naturaleza argentina que ocupó un lugar hegemónico en el imaginario popular en ese período. El *mito dominante* formula que *el país es intrínsecamente rico y destinado a ocupar una posición descollante en el mundo pero que este destino aparentemente se frustró: la Argentina se estancó en su crecimiento. Sobre las causas de esa frustración no hay acuerdo, cada postura ideológica señala diferentes culpables: el imperialismo, Perón, la vieja oligarquía, los sindicatos, los políticos, los industriales ineficientes, los judíos, los militares, el carácter nacional. Pero el mito en sí, del destino frustrado y de la necesidad de que la Argentina reencontre su camino hacia su innata grandeza, reúne un consenso mayoritario.*²² La responsabilidad adjudicada al modo de ser de los argentinos creció a lo largo de la década de 1980. La Argentina, entendida como un país rico por su extenso territorio y sus innumerables recursos, estaría arruinada por sus habitantes, los argentinos, caracterizados por atributos personales negativos como la *corrupción*, la *vagancia*, la *negligencia* y la *petulancia*²³. Esta idea plasmó con una síntesis admirable una explicación coherente y sencilla, aplicable a cualquier momento de crisis nacional, que perdura, aunque resignificada, hasta la actualidad.

Esta responsabilidad generalizada no fue distribuida por igual en los diferentes sectores de la sociedad y varió a lo largo del tiempo. En los años que siguieron al artículo de Canitrot, la adjudicación de culpas mayoritaria osciló entre atribuirle a la inestabilidad institucional o responsabilizar al sistema político y a sus principales actores. El final de la dictadura militar llevó a una fuerte asociación de la crisis argentina con los sucesivos golpes de Estado que tuvo como contracara la extendida esperanza en el rol de las instituciones constitucionales para reencauzar el rumbo perdido. La llamada primavera democrática estuvo caracterizada por un notorio fervor por la restauración de los mecanismos e instituciones republicanas y la participación popular en los asuntos políticos, vedados de uno u otro modo durante las décadas precedentes. En términos de Luis Alberto Romero²⁴, las diferentes fuerzas políticas apelaron a la civilidad y, especialmente la UCR y la llamada *renovación peronista*, difundieron el ideario democrático y procuraron dirimir la competencia política dentro de sus reglas. Sin embargo, la falta de eficiencia del nuevo gobierno para encontrar soluciones a las demandas de la población y

²¹ S. Sigal y G. Kessler op. cit.

²² A. Canitrot (1980) "La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976". *Desarrollo Económico* 19 (76): 1- 31. Destacado mío.

²³ Sigal y Kessler muestran que durante la crisis hiperinflacionaria la responsabilidad de la misma fue adjudicada mayoritariamente al egoísmo de los argentinos. S. Sigal y G. Kessler, op. cit.

²⁴ L.A. Romero (2001), *Breve Historia contemporánea de la Argentina*. Bs. As.: Fondo de Cultura Económica, Capítulo VIII.

el deterioro de las condiciones económicas amenguaron el furor original y facilitaron el rebrote de un discurso antipoliticista²⁵ de larga data en la historia argentina²⁶.

El sistema político institucional no fue el único ente responsabilizado por la crisis. El descrédito de la política creciente en los últimos años del gobierno de Alfonsín se combinó con el desprestigio particular que cada uno de los actores destacados en la economía previa a la reforma neoliberal -FFAA, sindicatos, empresas estatales, y hasta el propio Estado, así como empleados públicos y funcionarios- cargaban desde los años previos. Según Palermo y Novaro desde el derrumbe de la dictadura militar hubo un progresivo incremento de demandas sectoriales hacia el Estado que adquirieron un doble carácter. Las prácticas de presión corporativa para influir sobre las políticas públicas, características de asociaciones gremiales, FFAA, y otras organizaciones en las décadas previas, fueron incorporadas por nuevos colectivos –incluso grupos mínimos de personas- comprendidas vagamente como miembros de la ciudadanía. Los medios de comunicación representaron a los diferentes sectores demandantes como víctimas de una realidad de la cual el Estado sería responsable. De esta manera la intervención estatal comenzó a ser progresivamente repudiada como organizadora de la vida social, acusada como responsable de sus males y, simultáneamente, demandada como paliativo para sectores particulares. El Estado perdió legitimidad como actor capaz de intervenir en la realidad social y económica a medida que fue creciendo este discurso antiestatista²⁷.

Las contradicciones entre las demandas sectoriales y la poca capacidad resolutoria del Estado generaron una progresiva pérdida de la eficacia estatal que redundó en un mayor desprestigio²⁸. Los conflictos en el seno de las empresas estatales profundizaban la imagen de un sistema de intervención estatal obsoleto, fuente de inoperancia y corrupción. Las dirigencias sindicales solían impugnar a los directores con acusaciones de ineficiencia, incapacidad, mala voluntad y corrupción y éstos respondían con el repertorio de acusaciones hacia los sindicatos asentados en el sentido común. Mientras, los analistas adjudicaban a estos conflictos las causas de los problemas económicos o de producción de las empresas.

En este contexto creció la imagen del ciudadano consumidor cautivo de los servicios monopolizados por las empresas estatales, víctima del mal servicio de una burocracia, prepotente, autoritaria, corrupta e injusta. La imagen del Estado como villano que oprimía las libertades económicas de los individuos creció a tal punto, que la economía informal comenzó a ser considerada producto de individuos que optaban por ella en busca de la libertad de trabajo que la intervención estatal en la economía les coartaba.²⁹ La creciente

²⁵ Entiendo por antipoliticismo el conjunto de creencias que impugnan la acción de la política partidaria por considerarla intrínsecamente negativa y reivindica como virtud la cualidad de ser independiente de toda afiliación sindical o partidaria. El rechazo a la política partidaria y sindical posee diversos orígenes, entre ellos, la oposición a todo aquello que tienda a separar a la comunidad. Las posturas antipoliticistas no toman en cuenta el conflicto como elemento inherente de la dinámica social; para quienes la pregonan, no es legítimo aquello que sea considerado en pos de intereses sectoriales.

²⁶ Para una reseña del arco descrito ver los citados trabajos de Romero, Cavarozzi y Aboy Carlés.

²⁷ V. Palermo y M. Novaro, op. cit.

²⁸ Idem.

²⁹ La idea de que los trabajadores del sector informal son pujantes emprendedores coaccionados por la injusticia estatal fue muy difundida por el éxito del libro "El otro sendero" del escritor peruano Hernando de Soto, publicado en 1987. En el prólogo, Mario Vargas Llosa escribió que: "la economía informal –sociedad paralela, y en muchos sentidos, más auténtica, trabajadora y creativa que la que usurpa el título de país legal- aparece en sus páginas como una puerta de salida al subdesarrollo que han comenzado ya a franquear muchas de sus víctimas, en un proceso que está revolucionando desde su raíz la economía de la nación. Cuando los pobres que bajaban a las ciudades expulsados de sus tierras por las sequías, las inundaciones, la sobrepoblación y la declinación de la agricultura, encontraron un sistema legal imperante que les cerraba el ingreso a él, hicieron lo único que les quedaba hacer para sobrevivir, inventarse fuentes de trabajo y ponerse a trabajar al margen de la ley." Y agrega que por los resultados de sus trabajos, los trabajadores informales demostraron ser "abrumadoramente más productivos en sus empresas que el Estado", citado en S. Hintze (1991), 'Informalidad y condiciones de vida en los sectores populares' en S. Hintze, E. Grassi y M. Grimberg, *Trabajo y condiciones de vida en sectores populares urbanos* Buenos Aires: Centro de Editores de América Latina. De hecho, el artículo de Susana Hintze está orientado a refutar las ideas dominantes acerca de los futuros beneficios – y señalar los perjuicios- que los trabajadores del sector informal obtendrían con la reforma.

fragmentación entre quienes trabajaban en empresas públicas u otras entidades estatales y quienes no, entre quienes se veían beneficiados por la protección sindical y quienes no, entre quienes sabían sacar provecho de la inflación y quienes no, llevó a la multiplicación de rivalidades donde la prédica neoliberal encontró un terreno fértil³⁰.

La frontera con el pasado³¹

Como han señalado varios autores, Menem supo aprovechar la situación crítica de fines de la década de 1980 para impugnar al sistema político en el que sus adversarios lo consideraban marginal³². En su campaña como precandidato, su prédica estuvo montada en el creciente descontento social que tuvo como blancos principales a la UCR como partido gobernante y, a partir del triunfo en las elecciones de 1987, a la *renovación peronista*. Este accionar le permitió por un lado, agrupar como base política a los desplazados por la *renovación* dentro del partido, y por otro ganar el apoyo de heterogéneos sectores descontentos con el gobierno e impugnadores del sistema democrático, desde agrupaciones de izquierda hasta sectores militares. Menem se desvinculó de *la renovación*, a la que se había acercado contra los '*mariscales de la derrota*', y la denunció como continuación de las políticas de Alfonsín, la rotuló bajo la misma categoría de *socialdemócrata* que a los radicales, y acusó toda colaboración entre uno y otro sector como negociados políticos³³. Como señalan varios trabajos³⁴, este discurso atentó contra la legitimidad de los políticos en general y del sistema republicano y democrático.

La crisis política y económica que terminó con el gobierno de Alfonsín fue caracterizada en varias oportunidades como la crisis final del modelo centrado en el estado intervencionista vigente hasta entonces³⁵. La creciente conflictividad de esos años reeditó en el imaginario las sucesivas crisis precedentes. Sus protagonistas más visibles fueron justamente aquellos actores fuertemente desprestigiados. Las movilizaciones sindicales, los levantamientos militares y la toma del cuartel de La Tablada, no sólo reactualizaron y

³⁰ Señalaré tres indicios de diferente naturaleza que pueden funcionar como puertas para continuar una investigación sobre la relación entre esta fragmentación de los sectores populares y el consenso otorgado a las reformas. En primer lugar, un análisis de los resultados electorales de 1995 parecen dar la razón a esta hipótesis del apoyo de los sectores desfavorecidos en el modelo de estado interventor. Según Bonnet, *el PJ había conservado votantes de los sectores mas bajos (trabajadores informales, vendedores ambulantes, personal doméstico, sectores en los que osciló alrededor de un 60%), había perdido votantes en los sectores de obreros manuales que tradicionalmente respaldaban al peronismo (pasando del 65% al 56,4%) pero los había incrementado en los sectores medios (pasando del 34,7 al 42,8 entre los empleados y del 42,5 al 48, 5 entre los trabajadores formales independientes) y en los sectores altos (empresarios, gerentes, profesionales, altos funcionarios, pasando del 15,4 al 38,7)*. Bonnet, op. Cit.

En segundo lugar, en Sierra Grande la rivalidad entre comerciantes y empleados de la empresa estatal HIPASAM fue tan grande, que aún hoy responsabilizan a los trabajadores —especialmente al sindicato— por el cierre de la empresa en 1991 que llevó a una gran pauperización de la localidad. Algo similar ocurrió en localidades como San Nicolás, donde estaba radicada SOMISA, o en las localidades donde producía YPF. (Estos son datos relevado en mi propio trabajo de investigación y en los de mis compañeros del Grupo de Antropología del Trabajo)

En tercer lugar, en una fecha tan tardía como 1997, mi profesora de Introducción al conocimiento de la Sociedad y el Estado del CBC de la UBA, quien no estaba a favor del gobierno de Menem, argumentaba, sin que nadie se le opusiera, que el éxito de las grandes cadenas de comercio a principios de la década del '90 fue consecuencia de una *venganza del consumidor* contra los viejos comerciantes. De igual modo, sostenía que con las reformas laborales había bajado el empleo en negro y abogaba por una flexibilización en educación.

³¹ Tomo esta idea de frontera de Aboy Carlés (op. cit.).

³² El discurso antipolítico de Menem es una característica señalada por casi todos los autores, ver especialmente los trabajos citados de P. Canelo, G. Aboy Carlés, V. Palermo y M. Novaro, y M. Cavarozzi. En términos de Aboy Carlés, Menem *se escoró hacia un discurso crítico de la política entendiendo por tal la esfera de intercambios entre los principales actores político-partidarios delineada tras el triunfo justicialista de 1987*.

³³ Cf. Aboy Carlés, ibid. Para un relato detallado de este proceso ver M. Novaro (2009), *Argentina en el fin de siglo. Democracia, mercado y nación (1983-2001)* Buenos Aires: Paidós. También ver Cavarozzi, op. cit. y Palermo y Novaro op. cit.

³⁴ Yanuzzi op. cit.; Aboy Carlés, op. cit.

³⁵ Ver especialmente Llach op. cit. y Cavarozzi op. cit.

profundizaron el descrédito de los actores que los llevaban a cabo, sino que desprestigiaban al gobierno por su incapacidad de contenerlos³⁶.

Desde entonces, apoyándose en el creciente antipoliticismo y en el diagnóstico neoliberal de la crisis, Menem supo distinguirse positivamente de todo potencial opositor, señalándolos como aquellos que *han llevado a la Argentina al desastre*, que *quieren volver al pasado* y se resisten a su modernización, a su *ingreso al primer mundo*. Políticos opositores, líderes sindicales, rivales internos y todo aquel que declarase algo contra el rumbo del gobierno fueron homologados en esta categoría. Menem apoyó su prédica sobre el descrédito ajeno y se distinguió de ellos señalándolos como emisarios del pasado doloroso y conflictivo³⁷. La distinción pregonada entre *pasado* y *futuro* fundió en una misma representación, sencilla de transmitir, la prédica neoliberal con el antipoliticismo, se convirtió en un parámetro hegemónico para dar cuenta de la realidad y en un elemento importante del consenso otorgado a las reformas neoliberales. La habilidad discursiva de Carlos Menem radicó en identificar a todo el arco de opositores en el bando de quienes se habían quedado en el *pasado conflictivo* y señalarlos como responsables del *atraso* y *aislamiento* de Argentina. El conjunto de actores denostados en este discurso ya venía sufriendo un fuerte desprestigio a lo largo de la década anterior. Menem tuvo la habilidad de desvincularse de ellos a pesar del importuno que podrían haber ejercido su *identidad peronista* y su imagen de hombre por momentos cercano al sindicalismo, a la ortodoxia, a montoneros o a la *renovación*. El mecanismo utilizado fue justamente su identificación como emisarios del pasado³⁸. *Los que se quedaron en la Argentina del pasado del dolor y del conflicto* podrían tener cualquier pertenencia política; bastaba con ser opositor al plan de gobierno para ganar ese calificativo. En este mismo movimiento, identificó a sus aliados como quienes estaban llevando a la Argentina a un nuevo período, representado principalmente por el *ingreso en el primer mundo*, paraíso ilusorio en las representaciones de aquella época. Tiempo después esta idea se convirtió en un slogan denostado hasta lo irrisorio, fuertemente asociado a la imagen ya desprestigiada de Menem, quien, finalmente, sucumbió en el desprestigio de la *clase política* que el mismo arengó. La decadencia de esta representación permite a los analistas pasar por alto la importancia que tuvo en la sociedad argentina durante los primeros años del gobierno de Menem, los más importantes de la reforma, legitimada por la hegemonía del diagnóstico neoliberal de la crisis argentina.

La propuesta de avance hacia el futuro tuvo un capítulo especial dentro del propio PJ. Cuando Menem asumió el poder impulsó, según sus propias palabras, una *especie de síntesis entre lo que es el justicialismo y el liberalismo* para generar una *economía popular de mercado*³⁹. En concreto, propuso una división del trabajo político acorde al ideario neoliberal⁴⁰. En el gobierno nacional la economía fue delegada al trabajo de *expertos*, la política, garantía de orden, reservada sólo al presidente, mientras el partido, encargado de lo social, debía ejercer la resolución de conflictos menores⁴¹. Esta división atravesó los diferentes niveles de la estructura estatal y

³⁶ Ver Palermo y Novaro, op. cit.

³⁷ Según Paula Canelo "El adversario político es identificado con los que «no quieren que Argentina cambie», los que «hundieron el país», los que «fracasaron». Su lugar es el del no-proyecto, el de la no-propuesta y, por lo tanto, su única herramienta es el «impedimento», el «agravio», el «insulto», P. Canelo (2005) op. cit. p. 9.

³⁸ Los propios opositores internos en el PJ fueron calificados como *los que se quedaron en el '45*.

³⁹ Clarín, 17 de agosto de 1989 citado por Estela Grassi en E. Grassi (2003), *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame* Tomo I. Buenos Aires: Espacio Editorial.

⁴⁰ Una característica del ideario neoliberal pocas veces tenida en cuenta es la tajante distinción entre las esferas económica y social, concebidas como realidades autónomas tanto para el análisis como para el diseño y la implementación de políticas públicas. Para un análisis en profundidad de las implicancias de esta división ver J.L. Coraggio (1999), *Política Social y economía del Trabajo. Alternativas a la política neoliberal para la ciudad*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

⁴¹ En una conferencia dictada en marzo de 1994, Jorge Schverzer ya habría señalado en 1994 esta división del trabajo político: los tecnócratas y representantes del establishment se encargarían de lo económico mientras los militantes del partido de lo social. J. Schvarzer (1998) *Implantación de un modelo sin retorno*, Buenos Aires: AZ.

partidaria. Sabina Frederic muestra cómo militantes peronistas y funcionarios municipales de un distrito gobernado por el PJ trazaron un conjunto de distinciones entre *militantes sociales* y *militantes políticos*, valorando positivamente a los primeros y despreciando por *ignorantes* a los segundos, mientras los funcionarios fueron valorados por su *expertise* en un área determinada a la cual restringían su intervención⁴².

El giro neoliberal en el peronismo había comenzado con anterioridad. En su trabajo sobre el equipo económico de Menem, Antonio Camou muestra cómo desde 1985 diferentes economistas de formación ortodoxa o monetarista fueron incorporados en el PJ y compitieron entre sí por diseñar el plan económico de los candidatos⁴³. Marcos Novaro señala que la *renovación*, además de democratizar el funcionamiento interno, desplazar a los sindicatos y marginar a los sectores más retrógrados de derecha e izquierda, dio una “*apertura política y cultural al clima de época que predominaba en la opinión pública [y realizó] un acercamiento a los economistas y formadores de opinión empresaria y a los grandes grupos económicos*”⁴⁴. Además, los miembros del partido no habían resultado inmunes a la interpelación descrita en los párrafos anteriores. La mala imagen de los líderes sindicales –acusados de la derrota electoral de 1983– fue confluyendo con la interpretación neoliberal de su accionar. Progresivamente, los diferentes sectores de la ‘rama política’ del movimiento peronista buscaron desplazar el poder sindical en el interior del partido. Steven Levitsky afirma que *los cambios institucionales y organizativos que más provocaron el desgaste de la influencia sindical (el desmantelamiento de las “62” y del tercio y el auge del clientelismo) fueron anteriores al acceso de Menem al poder*⁴⁵. El giro neoliberal puede ser rastreado en funcionarios menores del partido. Miguel Ángel Pichetto, por ejemplo, entonces legislador provincial, ante la persistencia de las protestas sindicales en la localidad que representaba, afirmó: “*esta dirigencia [sindical] no comprende que se acabó el Estado Benefactor y que la única verdad es que llegó la hora de producir y que la empresa que no lo haga y se autofinancie verá peligrar su subsistencia*”⁴⁶.

El desplazamiento de sindicatos y militantes políticos a favor de la militancia social generó rupturas en el interior del peronismo. No es casualidad que en los primeros años, las mayores resistencias a las reformas surgieran dentro de ese movimiento. Las organizaciones sindicales lideradas por Saúl Ubaldini, el llamado grupo de los ocho, militantes de base, la izquierda peronista, –además de aliados electorales de 1989 como el PI o el PCR– conformaron grupos opositores. Sin embargo, como afirma María de los Ángeles Yanuzzi, la sociedad castigó a estos potenciales antagonistas en las elecciones de 1991. Álvaro Alsogaray, uno de los principales mentores del plan de reformas sintetizó muy bien la interpretación que los sectores dominantes atribuyeron a este triunfo: “*Esta reforma implica un frontal rechazo al sistema estatista inflacionario de las últimas cuatro décadas, y su sustitución por una variante de economía libre denominada economía popular o social de mercado. ¿Quiénes se oponen a este dramático y fundamental cambio? Obviamente todas las izquierdas que no han aprendido nada ni siquiera teniendo en cuenta el derrumbe del socialismo en escala mundial. También la socialdemocracia o democracia socialista, liderada ahora por el doctor Alfonsín; los rebeldes del justicialismo que acusan de traidor al presidente por estar haciendo lo que conviene al país; algunos sectores de la burocracia estatal y de las empresas del Estado y*

⁴² S. Frederic (2004): *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.

⁴³ A. Camou, “Saber técnico y política en los orígenes del menemismo”. *Perfiles latinoamericanos*, 7 (12): 85-107.

⁴⁴ M. Novaro (1999), ‘Crisis y renovación de los partidos. Una perspectiva comparada sobre los años del menemismo’ en: *Entre el abismo y la ilusión. Peronismo, democracia y mercado* Buenos Aires: Grupo Ed. Norma, op. cit. p. 107.

⁴⁵ S. Levitsky (2005), *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983- 1999*. Buenos Aires: Siglo XXI. p. 200. En una entrevista con este autor, José Luis Manzano se enorgullece de haber vencido a los sindicatos. Levitsky, op. cit. p. 147.

⁴⁶ M. Á. Pichetto 10/7/89. Citado y apoyado en la solicitada “*Huelga Salvaje en HIPASAM*” firmada por el directorio de la empresa el 11/7/89. Miguel Ángel Pichetto, cuya carrera política comenzó en Sierra Grande, era en aquel entonces vicepresidente 1º de la Legislatura de la Provincia de Río Negro, pertenecía al bloque del PJ llamado, como el actual, “Frente para la Victoria”. Hoy (2011) es el presidente del bloque oficialista de la Cámara de Senadores de la Nación.

determinados *líderes sindicales* que juegan en ese sentido a sus sindicatos. Pero todos estos sectores han perdido aplastantemente en las elecciones y por el momento no constituyen un peligro para la reforma⁴⁷. La frontera entre pasado y futuro trazada por el discurso dominante fue relegitimada en base a los resultados electorales.

Antes de avanzar sobre el último eje propuesto considero conveniente remarcar una idea fundamental que se desprende del análisis hecho hasta aquí. La frontera entre pasado y futuro trazada por Menem logró fusionar la prédica neoliberal con el *mito dominante* y el antipoliticismo. La confluencia de estos discursos radicó en una concepción particular de la realidad social, en la cual el conflicto es considerado externo a la misma y generado por agentes nocivos. La prédica neoliberal encontró en las sucesivas crisis económicas y políticas un terreno fértil sobre el cual expandir nuevas representaciones sobre el infortunio y la forma de salir de él. Su propuesta de confiar en el mercado como instancia ordenadora de la sociedad, donde los intereses privados se integran para alcanzar beneficios públicos, brindaba esperanza de un orden posible. Este orden imaginario, de naturaleza pre política, que pregona la eliminación de intereses sectoriales colectivos y la delegación de amplias funciones estatales e instituciones sociales en manos privadas, se sostuvo sobre el rechazo a las corporaciones de los sectores populares, a la política militante, partidaria y parlamentaria y a la intervención estatal, considerados agentes externos que alteraban el orden armónico y el desarrollo natural de la sociedad. La prédica de esta propuesta positiva en un marco de decadencia de todos los elementos que constituían un proyecto de economía nacional basada en el desarrollo del mercado interno, generó un amplio consenso que trascendió el apoyo al gobierno que lo llevó a cabo. La contundencia de la crisis y de la difusión de este diagnóstico le permitió a Menem hablar de *la fuerza de las cosas* para justificar la necesidad del rumbo elegido⁴⁸. La *militancia social*, esa práctica política a la que se circunscribieron los partidarios del PJ presidido por Menem, debe ser entendida en este marco.

La militancia social como práctica política

Lo expuesto hasta aquí nos acerca a una respuesta alternativa al problema del consenso otorgado a la reforma por parte de los sectores populares. Sin embargo, dado que existían otras fuerzas políticas que propusieron realizarla, esto no alcanza para explicar el apoyo al PJ. Los resultados electorales favorables para pequeños partidos de derecha, los desfavorables para los de izquierda y la relativa buena elección de la UCR en 1989, cuando su candidato realizaba campaña anunciando ajustes acordes a la prédica neoliberal, nos dan un indicio de que el consenso a las reformas excedió en número al consenso a Carlos Menem, a quien, a su vez, parte del electorado lo habría votado en 1989 por sus declaraciones a favor de la distribución económica.

Más allá de la amplia intersección entre ellos, el consenso a las reformas no conforma el mismo conjunto de elementos que el consenso al gobierno de Menem. En este defasaje la persistencia de una *identidad peronista* mayoritaria en los sectores populares toma fuerza como elemento explicativo del segundo fenómeno. Sin embargo, la información relevada por diversos trabajos invita a repensar esta explicación.

⁴⁷ Álvaro Alsogaray "La reforma de Menem", *Página 12*, 29 de octubre de 1991, p. 4. Citado en Yanuzzi, op. cit., destacado mío. De un modo más crudo Raúl Amín, titular de la CGT- San Martín (oficialista) declaró "después del resultado de las elecciones, si algún afiliado viene a pedirme que reclame un aumento de sueldo le voy a decir: 'y para qué votaste al peronismo. Si querías más salario hubieses votado a Ubalardi'." Diario *La Nación*, 20 de septiembre de 1991. p. 6.

⁴⁸ Novaro (2009) op. cit. señala el uso que Menem hizo de esta frase en diferentes contextos para tratar con otros referentes del PJ. Fair, op. cit. muestra algo similar para con la sociedad en su conjunto.

Los análisis de composición del voto muestran que entre 1989 y 1995 hubo una gran movilidad en el electorado que votó a favor de Menem en la primera ocasión. El PJ mantuvo un 66,7% de los votos propios –perdiendo el porcentaje restante especialmente en manos del Frepaso- pero habría ganado votos de las fuerzas de derecha⁴⁹. Esto muestra la importancia de la disidencia de sectores del peronismo y explica sus motivaciones. Sin embargo, una porción mayoritaria del voto peronista continuó a favor de Menem. La fuerza de la identidad o de la coerción –sea por el verticalismo y la valoración moral de la lealtad o sea por las prebendas económicas y amenazas de exclusión- constituyen posibles motivaciones. No obstante, otros trabajos que dan cuenta de prácticas de los militantes peronistas durante el período estudiado nos pueden dar indicios de explicaciones alternativas⁵⁰.

La *militancia social*, reivindicada por sobre la *política*, no era nueva en el peronismo y resultó efectiva para mantener el orden o canalizar las demandas durante la crisis. La representación de los más pobres -o de los más perjudicados- asumida por sus militantes fue clave en la organización de respuestas colectivas, en la tarea de trazar puentes entre estos sectores y las instituciones estatales y en la contención de potenciales desmanes a lo largo de toda la década. La crisis hiperinflacionaria constituyó un marco de resignificación, revalorización y fundación de diferentes modalidades de *militancia social*. María Cristina Cravino y María Rosa Neufeld señalan que durante esta crisis en barrios carenciados del entonces partido de Malvinas Argentinas, *la presencia de las ollas populares fue el aspecto menos destacado por los medios de comunicación, sin embargo fue el de mayor impacto en la vida cotidiana. Se obtenían los alimentos de diferentes formas: estaban los aportes de los que tenían algún ingreso, de los que habían acopiado en los saqueos, pero mayoritariamente los municipios y comerciantes de la zona eran los que "colaboraban". Cada día había que empezar de nuevo. Como un punto de quiebre, a partir de ese momento, los municipios comenzaron a ser proveedores de alimentos -de forma continua y/o discrecional en una situación de "emergencia" que devino en permanente.*⁵¹ En una pequeña localidad entrerriana, en cambio, Mauricio Boivin y Ana Rosato nos muestran que autoridades municipales, las *fuerzas vivas* –iglesias, partidos políticos, entidades gremiales, etc.- y ciudadanos notables contuvieron los posibles saqueos organizando la asistencia a los más necesitados, así como asados y otras actividades, que simultáneamente reprodujeron el orden jerárquico y mantuvieron la paz⁵². En el nivel nacional, grandes empresarios, representantes de la Iglesia y personalidades mediáticas organizaron actividades solidarias. Como muestra Estela Grassi, durante los primeros meses de gobierno de Carlos Menem, las entidades empresariales participaron fuertemente del *operativo solidaridad*,

⁴⁹ En base a estas cifras que retoma del estudio realizado por Gervasonni, Bonnet descarta las explicaciones identitarias a las que llama cuasi genéticas. Bonnet (op. cit).

⁵⁰ Tomo como referencia, además de mi propio trabajo de campo realizado en la localidad de Sierra Grande, provincia de Río Negro, varias etnografías sobre procesos políticos en la década de 1990. Entre estos, destaco los trabajos de M. Boivin y A. Rosato (1998), "Crisis, reciprocidad y dominación". *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, año VI, N° VII. Buenos Aires: Colegio de Graduados en Antropología.; M. Neufeld, M. C. Cravino (2001), "Los saqueos y las ollas populares de 1989 en el Gran Buenos Aires. Pasado y presente de una experiencia formativa". *Revista de Antropología* 44 (2), San Pablo, Brasil; S. Frederic, op., cit, L. Masson (2004), *La política en femenino: genero y poder en la provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.; y F. Balbi (2007), *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el Peronismo*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia, cuyos trabajos etnográficos fueron realizados durante el periodo estudiado o refieren a la memoria de esas experiencias.

⁵¹ Si bien las autoras no mencionan las pertenencias partidarias de los sujetos que entrevistan o a los que estos se refieren, es esperable que ante tanta organización y relación con el municipio haya habido militantes peronistas. En otro trabajo, las sociólogas Gimena Fuertes y Cecilia Anigstein dan cuenta de militantes metalúrgicos peronistas como organizadores y promotores de ollas populares en el partido de Moreno. G. Fuertes y C. Anigstein (2007), 'El Cruce: los saqueos en 1989 en Moreno, provincia de Buenos Aires', *I Jornadas de jóvenes investigadores*, IIGG, FCSoc., UBA.

⁵² Los autores señalan que la principal característica de estas actividades fue la constante producción de relaciones reciprocidad en las que se otorgaba atención a cambio de orden. Es importante destacar que concluyen en que el factor que determina el éxito de estos intercambios no lo constituyeron los elementos intercambiados sino las formas en que éstos fueron realizados. M. Boivin y A. Rosato (1998), "Crisis, reciprocidad y dominación". *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, año VI, N° VII. Buenos Aires: Colegio de Graduados en Antropología.

coordinado entre el Ministerio de Salud y Acción Social y la Fundación Acción para la Iniciativa Privada, presidida por el empresario petrolero Arturo Carou.⁵³

Estos trabajos etnográficos demuestran que la crisis llevó a los diferentes actores sociales y políticos a un *trabajo incesante, necesario para mantener efectivamente las relaciones de dominación*—o si se quiere de jerarquías sociopolíticas— *que nunca, y aún más en momentos de crisis, pueden estar aseguradas sólo por los mecanismos institucionalizados*⁵⁴. La crisis, lejos de producir un vacío, una *ruptura del lazo social*⁵⁵, activó múltiples mecanismos de mantención del orden basados las relaciones sociales existentes. Estas relaciones no se encuentran en la sociedad civil⁵⁶ ni en la política institucional, sino en los campos políticos donde actores sociales y agentes estatales interactúan⁵⁷. Sin embargo, en estos trabajos también queda claro que pasado el momento fuerte de la crisis las prácticas se rutinizaron o institucionalizaron: las ollas populares devinieron en comedores y las comisiones para paliar la emergencia de la crisis fueron disueltas cuando el gobierno implementó el programa *bono solidario*. En esta segunda instancia, donde las prácticas de la emergencia devinieron en permanentes, los agentes estatales y los referentes sociales tomaron el protagonismo. Como ha señalado Marcos Novaro, la estructura partidaria pudo cumplir la función de aplicar las políticas sociales ante la ausencia de una estructura burocrática estatal confiable y eficaz para ello.⁵⁸

A lo largo del gobierno de Menem los militantes del partido fueron los principales gestores de las políticas sociales implementadas. Las políticas de ayuda social fueron tomadas en serio por el grupo gobernante que buscó superar la modalidad existente—la entrega de cajas PAN, el *operativo solidaridad* y los bonos solidarios— por una modalidad gerenciada, que debía incentivar a los pobres a ser responsables en sus consumos e inversiones⁵⁹. Estas propuestas fueron acordes a las recomendaciones del Banco Mundial, que en muchos casos las financió, e incentivadas por empresarios, referentes de la Iglesia Católica y hasta de la ortodoxia liberal⁶⁰.

Las reformas económicas estuvieron acompañadas de programas de asistencia y reinserción laboral diseñados para amortiguar su impacto. Sin embargo, en su implementación estos proyectos sufrieron modificaciones en base a las vicisitudes de las realidades locales. En Sierra Grande, por ejemplo, los funcionarios municipales destinaron los planes a quienes consideraron los verdaderos perjudicados por el cierre de la empresa estatal. Según sus testimonios, éstos no fueron los ex trabajadores de la empresa estatal y sus

⁵³ E. Grassi, op. cit.

⁵⁴ Boivin y Rosato op. cit.

⁵⁵ La idea de que la crisis hiperinflacionaria llevó a la sociedad argentina al borde de su desintegración fue una representación muy fuerte en los discursos de los políticos y los analistas de la época, que es retomada por un sinnúmero de trabajos que tratan sobre el periodo (ver, por ejemplo, los citados trabajos de Cavarozzi, Novaro, Palermo y Novaro) Sigal y Kessler, op cit concluyen que *la hiperinflación crea una coyuntura que puede llamarse pre política: escasos son los ejemplos de un desorden que, como el hiperinflacionario, parece materializar socialmente una situación hobbseana*. Resulta interesante el contraste entre las conclusiones ‘hobbseanas’ de estos trabajos y la impronta fundacional de prácticas sociales relevadas en las etnografías para dilucidar la doble dinámica sociopolítica que tuvo el proceso hiperinflacionario.

⁵⁶ Las acciones en torno a la emergencia social de la crisis pueden ser rastreadas también en las legislaturas provinciales y edictos municipales. Los legisladores rionegrinos, por ejemplo, presentaron múltiples proyectos para paliar la situación de emergencia que se vivía, pero también para avanzar en medidas de más largo plazo, entre ellas, el otorgamiento de créditos para microemprendimientos. Ver Diario de sesiones de la Legislatura de la provincia de Río Negro, 1 de junio de 1989.

⁵⁷ Existen corrientes teóricas dentro de la antropología política que definen esos espacios como los *márgenes del Estado* en donde éste se produce en un proceso inacabado. Ver Das, Veena y Poole, Deborah (2008) “El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas”, *Cuadernos de Antropología Social*/Nº 27. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas, Sección Antropología Social. FFyL-UBA.

⁵⁸ M. Novaro (1999) op. cit.

⁵⁹ El trabajo de E. Grassi (2003 op. cit.) realiza un estudio profundo de los cambios que tuvieron los diseños de estas políticas a lo largo de esta gestión.

⁶⁰ Juan Alemann, por ejemplo, en una entrevista hecha por el diario Río Negro, argumentó que había que como *el estado no es eficiente distribuyendo alimentos [...] yo me inclino, para ayudar a los sectores más carenciados, por entregarles dinero y que sean ellos mismos los que lo administren. Es más económico y además recaba la responsabilidad del beneficiado*” diario Río Negro, 24 de diciembre de 1991.

familias, sino trabajadoras de servicio doméstico, jardineros, gasistas, electricistas, plomeros, etc. quienes fueron despedidos sin indemnización ni pagos por retiros voluntarios⁶¹. La contención para los perjudicados directos por las privatizaciones fue a dar, en este caso, a la ayuda a quienes estaban inmersos en la economía informal.

En términos generales las bases del PJ se convirtieron en gestoras de la aplicación de las políticas sociales neoliberales. Según el testimonio de un militante “*en esta época... lo que hacemos es tratar de resolverle problemas a la gente, de cumplir con sus necesidades. Necesitan ropa, medicamentos, un trabajo. Eso es hoy el peronismo*”⁶². La fusión entre el justicialismo y el liberalismo propuesta por Menem se realizó a través de un conjunto de valores morales que en términos de sus militantes encarna el peronismo. La acción por los más pobres, la reivindicación de la nación entendida como comunidad, etc. fueron aggiornados bajo ideas como la *economía solidaria de mercado*, pregonada desde el gobierno y entendida como un nuevo modelo económico *realista*, en el sentido dado en la época a la economía neoliberal en oposición al *voluntarismo* de los otros modelos económicos. En este discurso el modelo favorecía a los más pobres, víctimas más indefensas de los vicios del viejo modelo: inflación, atraso tecnológico, servicios insuficientes, corrupción, etc. Fundamentado por estos valores, la gestión menemista desplegó una gran cantidad de políticas sociales focalizadas, destinadas a las poblaciones en mayor riesgo y puesta en práctica principalmente por la militancia partidaria. Esto estuvo acompañado por los beneficios de una modernización de infraestructura –teléfonos, televisión, extensión del tendido eléctrico y de gas- que pudo ser interpretado por unos años como un progreso, también a favor de los pobres. Los efectos de las medidas excluyentes, en cambio, fueron fragmentarios, entendidos como pasajeros –hasta que ocurra el *derrame*, lleguen los capitales extranjeros o se produzca el progreso y la *revolución productiva* esperada-, necesarios –privatizaciones, despidos de estatales por reducción del gasto público- o adjudicados a responsabilidades individuales⁶³.

La descentralización de las políticas sociales –fuertemente pregonada en base a otro lema de campaña de Menem, el federalismo- permitió, por un lado, reencauzar la actividad militante, y por otro, disipar el conflicto generado por las reformas. La división del trabajo político resultó exitosa para mantener a salvo la figura del presidente. La división entre lo técnico y lo político, por ejemplo, permitió que la responsabilidad por lo inhumano de las medidas adoptadas recayera sobre los tecnócratas⁶⁴, mientras la división entre lo político y lo social apoyado en la descentralización de la aplicación de las políticas públicas deslindó en funcionarios provinciales o municipales la responsabilidad de responder a crisis locales⁶⁵.

Los límites explicativos

⁶¹ Entrevistas realizadas por mí en enero del 2005.

⁶² Entrevista de Levitsky a un militante del PJ Capital en Levitsky, op. cit.

⁶³ El testimonio más interesante que conozco para este proceso de adjudicación de culpas individuales es el de los integrantes del MTD de La Juanita, la Matanza, publicado en su libro H. Flores (comp.) (2002), *De la culpa a la autogestión. Un recorrido del Movimiento de Trabajadores Desocupados de La Matanza* Buenos Aires: Peña Lillo- Ed. Continente.

⁶⁴ Ocasionalmente, por ejemplo, que en un acto de la CGT en 1993 se abucheara al ministro de Trabajo por el paquete de reformas de la legislación laboral pero se ovacionara a Menem.

⁶⁵ Maristella Svampa y Sebastián Pereyra afirman que durante el primer gobierno de Menem los movimientos de protesta se diluyeron en la confusión de buscar indistintamente soluciones a sus demandas en los diferentes niveles del Estado. Aunque no comparta el diagnóstico de los autores encuentro significativo el fenómeno señalado: entre 1992 y 1997 la gran mayoría de los conflictos estuvieron circunscriptos en niveles locales. Ver M. Svampa y S. Pereyra (2003), *Entre la ruta y el barrio*, Buenos Aires: Biblos.

De lo expuesto hasta aquí puede deducirse que el consenso a las reformas y el consenso al gobierno de Menem no constituyen el mismo fenómeno a pesar de su amplia confluencia. El primero implica la aceptación de un diagnóstico de la realidad argentina que encontró en los principales actores políticos y en el propio Estado, la responsabilidad de la crisis. El consenso otorgado al gobierno de Menem debe ser entendido, en cambio, en la totalidad de las características de su gestión que, además de las reformas y muchas otras características, incluyeron la señalada división del trabajo político.

En las ciencias sociales han predominado dos explicaciones para estos consensos. La persistencia de una *identidad peronista* mayoritaria en los sectores populares ha sido el argumento más utilizado para explicar el respaldo electoral al gobierno de Menem; el impacto de la hiperinflación, para explicar el apoyo activo, o por lo menos para encontrar razonable e inevitable, las medidas de privatización y racionalización del Estado. Sin embargo, estas narrativas poseen límites explicativos que, a mi entender, tienen en común la adjudicación de una predominancia de la irracionalidad por sobre la racionalidad en la conducta de los sectores populares.

Veamos esto con más detalle. Las *identidades* son fenómenos resultantes de la interacción de sujetos que compiten por el liderazgo, reinventan la tradición y definen los límites de sus grupos políticos en relaciones conflictivas con sujetos afines o discrepantes en una multiplicidad de ámbitos socio-políticos. Como categoría explicativa la *identidad* cierra la posibilidad de realizar análisis de procesos políticos concretos. Una identidad política determinada es una categoría definida por un observador a partir de la interpretación sintética de doctrinas y proclamas, discursos sobre las acciones de sus miembros y justificaciones de acciones o discursos que contradicen a la doctrina o los valores establecidos como propios⁶⁶. Esta definición puede ser realizada tanto por un analista externo como por un actor perteneciente al campo político analizado. La *identidad peronista*, como cualquier otra, es tanto una categoría de la práctica como una categoría analítica⁶⁷. La indistinción entre ambas genera varios problemas relacionados entre sí. En primer lugar, los propios actores en el campo político lidian por establecer los límites y las cualidades de las *identidades políticas* en juego. La definición 'nativa'⁶⁸ de una *identidad* posee un aspecto normativo que es primordial para los involucrados. Esta normatividad implica el modo en que se traza el límite entre quienes son incluidos y quienes excluidos del grupo y, simultáneamente, impone pautas de conducta pública a los individuos que deseen el reconocimiento social de su adscripción a ella. La definición de las cualidades que delimitan una *identidad política*, como vimos en las elecciones de 1991 entre los menemistas y los disidentes, es motivo de disputas entre los individuos que la componen -quienes buscan imponer una definición favorable para su propio reconocimiento y prestigio- y entre éstos como grupo y los demás actores en el campo. En la práctica, cada actor, individual o colectivo, reproduce o redefine las características de la *identidad* del grupo al que adscribe -y de los grupos de los que se distingue- a través de los fundamentos de su accionar y de las críticas hacia la conducta ajena. La disputa por establecer los atributos que corresponden a cada grupo político -sea una agrupación, un sector, un

⁶⁶ El antropólogo inglés Edward Evans Pritchard ha llamado a este último procedimiento 'elaboraciones secundarias de las creencias', demostrando que los actores, en circunstancias concretas, tienen la posibilidad de construir explicaciones que salven las contradicciones evidentes entre las prácticas o discursos circunstanciales y los valores o creencias culturales que los sujetos predicán. E.E. Pritchard (1976), *Brujería, magia y oráculos entre los Azande*, Barcelona: Anagrama.

⁶⁷ Las categorías de la práctica son, en términos de Pierre Bourdieu, aquellas que pertenecen a la experiencia social cotidiana, desarrolladas por actores sociales ordinarios, opuestas a las categorías analíticas o de experiencia distante utilizadas por los analistas sociales. Ver: Bourdieu, P. (1991) *El sentido práctico*. Madrid: Taurus. En este mismo sentido Clifford Geertz utiliza los términos categoría de experiencia cercana y categorías de experiencia distante. C. Geertz (1994), 'Desde el punto de vista del nativo': sobre la naturaleza del conocimiento antropológico', *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

⁶⁸ La calidad de 'nativa' de una categoría, un debate o una institución la otorga su pertenencia al mundo social estudiado. Diferente de aquellas utilizadas por el investigador para interpretar esa realidad.

partido o un movimiento- es parte inherente de todo proceso político. Como categoría de la práctica, una identidad determinada requiere la definición de atributos esenciales; como categoría analítica, esta definición dificulta el análisis de los procesos que los conforman⁶⁹.

En segundo lugar, los grupos políticos definen sus límites y sus mecanismos de integración, distinción y reconocimiento en una realidad social que los trasciende y en la que están inmersos. El investigador que busca abordar un proceso político a través de las *identidades* que los grupos se adjudican, corre el riesgo de subjetivar el universo social que delimita y separarlo del campo político en el que se constituye⁷⁰. Esta reificación dificulta el análisis de la heterogeneidad interna y de las interrelaciones entre los sujetos en las fronteras del grupo identitario. La construcción de una diferenciación discreta entre quienes quedan a un lado y otro de la frontera nunca es un proceso acabado⁷¹. El accionar de los sujetos implicados en el campo regenera constantemente la frontera. A lo largo del tiempo, las personas reconocidas como parte de un grupo y los atributos que a éste se adjudican pueden variar e incluso pasar a formar parte de un grupo rival⁷².

En tercer lugar, la explicación identitaria prescinde del análisis de la dinámica interna del trabajo partidario y de la relación entre *políticos, referentes, militantes* y simples simpatizantes. La masa de votantes del peronismo es dinámica y heterogénea: gran parte del número de votantes del peronismo no necesariamente es *peronista* y no necesariamente todo *peronista* vota al partido en cualquier circunstancia⁷³. Por un lado, los militantes poseen una relativa autonomía que, en relación a problemas internos, les permite boicotear la

⁶⁹ Este problema no es menor, y se vuelve más complejo cuando el analista, en lugar de desarrollar un estudio de este plano de análisis tan significativo para comprender un proceso político, busca resolver el problema 'nativo' de la constitución de identidades políticas con una definición propia que impone normativamente. En este sentido, el analista que formula una definición propia se sumerge en una discusión 'nativa' y, parafraseando a C. Geertz, op. cit., no sólo explica la brujería en términos de una bruja sino que, además, discute con ellas sus incumbencias y los criterios para otorgar la licencia para ejercer la profesión.

⁷⁰ Los politólogos Rogers Brubaker y Frederick Cooper advierten sobre el peligro de reificación de la categoría identidad política: "*la reificación –afirman- es un proceso social, no sólo una práctica intelectual. Como tal, es central para las políticas de 'etnicidad', 'raza' y 'nación' y otras 'identidades' putativas. Los analistas [...] deberíamos intentar explicar los procesos y mecanismos por los cuales lo que se ha llamado la 'ficción política' de la 'nación' –o del 'grupo étnico', 'raza' u otra 'identidad' putativa- puede cristalizarse, en ciertos momentos, como una realidad poderosa y obligatoria. Pero deberíamos evitar descuidarnos y reproducir o reforzar tal reificación mediante la adopción acrítica de categorías de la práctica.*" En R. Brubaker y F. Cooper (2001), "Más allá de la identidad", *Apuntes de investigación del CECYP N° 7*, Buenos Aires.

⁷¹ En un trabajo pionero, el antropólogo noruego Frederic Barth señala que las fronteras entre los grupos son el elemento fundamental en la definición de las identidades. Barth concibe las fronteras entre los grupos étnicos como resultado de procesos sociales particulares de cada campo. Define los *grupos étnicos* como conjuntos vacíos determinados por fronteras construidas en la interacción. El contenido de estos conjuntos es redefinido por procesos políticos y sociales. Lo importante de su propuesta es entender que el accionar de los sujetos implicados en el campo es el que regenera constantemente la frontera. F. Barth (1976), *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: Fondo de Cultura Económica.

⁷² Esta es una idea particularmente importante para analizar la llamada *identidad peronista*. Como afirma Marcos Novaro el peronismo *reunió en su seno expresiones tan variadas en cuanto a intereses e ideología y, tan fuertemente enfrentadas entre sí, que abarcaba todas las posibilidades imaginables de oferta política*" Novaro op. cit. (1999), p. 124. A lo largo de la historia el peronismo ha incorporado y dejando de lado personas, programas, lemas, slogans e ideas de otras corrientes. Comprender que los actores pueden construir fronteras entre grupos sin necesidad de recurrir a un sistema coherente de atributos es fundamental para entender este fenómeno. En relación a esto, puedo afirmar que es la frontera que demarca peronismo y antiperonismo es resignificada a lo largo del tiempo; el antiperonismo también varía y surge de todo el espectro político. De hecho, casi no existe acusación o reivindicación alguna, en la actualidad, que no haya sido atribuida a uno de los dos bandos en algún momento de la historia.

⁷³ Los trabajos etnográficos muestran una compleja dinámica interna que derivan en resultados electorales disímiles. En los casos estudiados por Laura Masson, Sabina Frederic y Fernando Balbi, ni el despliegue del aparato político, ni las políticas de asistencia ni la identidad peronista pudieron evitar la derrota electoral en distritos controlados por el aparato del PJ. Por otro lado, como ya hemos señalado, los trabajos de Gervasoni, retomados por Novaro (1999 op. cit.) y Bonnet afirman que durante este periodo la principal característica del electorado fue *la movilidad creciente de los electores de todos los sectores sociales y políticos*. Gervasoni, citado por Novaro, (1999) op. cit. p. 122.

elección de algún candidato⁷⁴. Por otro, la masa de votantes que movilizan suelen ser vecinos, amigos y parientes que suelen estar interpelados por otros militantes partidarios y por los discursos que atraviesan la sociedad. Los trabajos etnográficos revelan que las representaciones acerca de la propia participación política son demasiado complejas para reducirlas a una pertenencia identitaria⁷⁵ y abordan la relación entre los dirigentes políticos y sus potenciales electores desde otros marcos analíticos⁷⁶. El acercamiento al funcionamiento interno de la militancia política en el peronismo nos advierte contra la reificación de un colectivo homogéneo y delimitado. A su vez, nos previene de sobredimensionar el número y la constancia de los seguidores del PJ. En todo trabajo etnográfico hay relatos de deserciones, traiciones, pérdidas de votantes y de militantes, escisiones, etc., que nos muestran la versatilidad de la adhesión partidaria y la insuficiencia del fenómeno identitario para explicar el apoyo electoral.

Finalmente, las explicaciones identitarias tienden a cristalizar un conjunto de prácticas sedimentadas a las que adjudican la capacidad de estructurar comportamientos o, por lo menos, de orientar el sentido de las acciones de los sujetos. Sin embargo, los actores rara vez las respetan cuando éstas les resultan poco convenientes para alcanzar intereses momentáneos en situaciones concretas y las reelaboran al socializar sus justificaciones o al denunciar supuestas faltas éticas, modificando, en muchos casos, su significado. Los protagonistas de los procesos políticos encuentran márgenes de libertad para su accionar en las contradicciones, en los desfases temporales de procesos interrelacionados, en la actuación en trayectorias simultáneas en diferentes ámbitos, en las interrelaciones entre diferentes sistemas sociales o culturales, y en ambigüedades o superposiciones de planos identitarios, etc. Aquellos que adoptan la perspectiva identitaria para el análisis de procesos políticos tienden a creer, en cambio, que las *identidades políticas* determinan el accionar de los individuos⁷⁷.

El núcleo problemático del concepto de *identidad* aplicado a lo político es la inevitable cristalización del complejo y dinámico proceso de resignificación, rearticulaciones y reapropiaciones de los elementos que componen el constructo llamado *identidad política*. Estos elementos pueden ser valores, modos de concebir la realidad social -particularmente de concebir el conflicto y sus resoluciones-, relatos de acontecimientos históricos, etc. En base a estos y otros elementos que conforman una cosmovisión política, los sujetos

⁷⁴ Para el análisis de un caso ver M. Boivin, A. Rosato y F. Balbi (2003), "*Frasquito de anchoas, diez mil kilómetros de desierto... y después conversamos*: etnografía de una traición", en: A. Rosato y F. Balbi (eds.): *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*. Buenos Aires: Antropofagia – IDES.

⁷⁵ Por ejemplo, muchas personas se refieren a su trabajo de militancia partidaria como *estoy con* -y no *soy*- o *trabajo para* tal político o agrupación y frecuentemente *son peronistas* pero *están* con un grupo opositor o *no son peronistas* pero *están con* o *trabajan para* algún dirigente del partido. Para un estudio sobre estas diferencias entre los sentidos de las categorías de la práctica *ser* y *estar con* y *trabajar para* ver J. Quirós (2006), *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.

⁷⁶ Sabina Frederic propone una categoría analítica para comprender el sentido del trabajo político de los militantes: la 'comunidad de referencia', colectivo imaginado por los militantes que fundamenta moralmente su trabajo político. La hipótesis de la autora es que a lo largo de las dos primeras décadas democráticas el trabajo político de los militantes peronistas viró en relación con la profesionalización del mismo y a la redefinición de su 'comunidad de referencia', que en el partido del Gran Buenos Aires donde ella trabaja dejó de ser la 'comunidad villera' para ser los 'vecinos'. S. Frederic, op. cit.

Los estudios sobre *identidad política* no distinguen entre los militantes y la 'comunidad de referencia' que otorga sentido a su trabajo político. Es cierto que la concepción nativa de *identidad peronista* tampoco lo diferencia -del mismo modo que en muchas ocasiones tampoco lo hace del colectivo *pueblo argentino*-, pero considero necesario hacerlo para comprender que en la realidad empírica es muy difícil -y forzado- adjudicarle el mismo peso y la misma interpelación a la *identidad peronista* para militantes partidarios, referentes barriales o simples simpatizantes.

⁷⁷ El trabajo de G. Aboy Carlés, op. Cit (2001) podría ser citado como una excepción a este problema. Sin embargo, esto se debe más a la pregunta orientadora -y al minucioso análisis de los procesos de transformación- que a su marco teórico. En términos del autor, las *identidades políticas* son *prácticas sedimentadas configuradoras de sentido que definen orientaciones gregarias de la acción a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogenización interna*. Aboy Carlés: p. 64. Los trabajos de M. Novaro también tienden a dejar de lado las explicaciones identitarias cuando despliega análisis de procesos políticos y sociales. Luego del citado trabajo de 1994, sólo vuelve a recurrir a esta explicación al abordar el triunfo de Menem en las elecciones del 2003. Ver Novaro (2010), *Historia de la Argentina 1955- 2010* Buenos Aires: Siglo XXI.

realizan tomas de posición en el campo político que, en la práctica, siempre se manifiestan en relación a la situación social que los interpela⁷⁸. La constitución de una toma de posición a favor del gobierno de Menem debe ser comprendida en base a la multiplicidad de las interpelaciones que los sujetos han recibido. Aunque la respuesta a este interrogante debe ser resuelta a través de estudios de casos particulares, el análisis de la constitución de representaciones sociales de la realidad en el marco de procesos políticos concretos permite acercarnos a las motivaciones de la conducta política.

La experiencia hiperinflacionaria, en cambio, es sin duda una variable explicativa fundamental a la hora de comprender el consenso a las reformas. Es innegable que la crisis final del gobierno de Alfonsín impactó en la experiencia de los sectores populares y, como señalan numerosos trabajos, fue clave para generar el contexto de emergencia sobre el cual fue aplicada la reforma. Sin embargo, el temor a la hiperinflación no puede explicar en sí mismo el apoyo o la aceptación de las reformas. Estas explicaciones encuentran un límite, según el trabajo, en la naturalización del diagnóstico que de ella se hizo o en la magnitud que se le otorga a su capacidad de coerción. La crisis hiperinflacionaria y el derrumbe del gobierno de Alfonsín no actuaron en el vacío. El temor, que aparece como el elemento explicativo fuerte, no puede escindirse de las representaciones de la realidad que le dan forma. Hemos señalado que la crisis de 1989 se manifestó más como una reedición del pasado antes que como una novedad y fue interpretada en base a los parámetros aprendidos en los años previos. El diagnóstico predominante pudo ser tal porque los elementos que los constituían estaban esbozados y ampliamente difundidos con anterioridad. Esta crisis actuó como su prueba final y permitió una mayor difusión y aceptación de su prédica, tanto por su poder de convicción, como por el fracaso de los referentes que la habían resistido hasta entonces, ya no en encontrar una solución a la crisis, sino por lo menos de deslindarse de ella.

Lejos de cerrar el problema de comprender los motivos que llevaron a los sectores populares a otorgar consenso a las reformas neoliberales y al gobierno que los llevó a cabo, el presente trabajo concluye en señalar la necesidad de observar tres variables en la experiencia de los sectores populares que pueden ayudar al análisis del consenso otorgado a diferentes proyectos de gobierno. La primera de ellas es asumir la heterogeneidad interna de estos sectores como una diversidad potencialmente conflictiva y elucidar las representaciones sobre diferencias injustas, desigualdades o rivalidades en campos concretos de interacción. Esto puede otorgar indicios importantes del modo en que un discurso pregonado por sectores ajenos es retomado por actores del campo popular. La segunda sugerencia, relacionada con la anterior, es atender a las representaciones de la realidad política -sea ésta nacional, provincial o local- en diferentes campos de los sectores populares. Finalmente, propongo atender al modo en que las prácticas de los militantes peronistas y las reformas en la implementación de políticas sociales, particularmente la descentralización de su aplicación, influyeron en la lectura de la realidad realizada por los actores de los sectores populares.

De un modo más genérico, la sugerencia es atender a las relaciones sociales entre agentes estatales y sectores populares para estudiar la complejidad de motivaciones que pueden llevar a los actores a elegir por uno u otro candidato.

⁷⁸ El problema planteado aquí es la condición situacional de toda reivindicación identitaria. Según la antropóloga Claudia Briones “frente a nuestros interlocutores estamos todos permanentemente construyendo nuestras identidades *en los niveles activados por el contexto de interacción...*” citada por Yanuzzi: (op. cit); destacado mío. Tomando en cuenta esta frase, es posible deducir que los peronistas se definen como tales en determinados contextos de interacción, ante diferentes interpelaciones de diferentes sujetos o situaciones. No necesariamente las mismas cualidades ni los mismos argumentos son utilizados para reivindicar al peronismo frente a la acusación de que ‘son todos negros’ que frente a la acusación de irracionalidad o de autoritarismo. El posicionamiento de los actores y el contenido de su reivindicación varían según el contexto de interacción, la relación de jerarquías en juego, etc.